

El maravilloso viaje de Nils Holgersson

—¡A Nils Holgersson, el cuidador de patos, lo han vuelto duende!—gritan las gallinas regocijadas en el corral. Los patos alargan el cuello y ven que su cuidador se ha vuelto un Pulgarcito más pequeño que un ratoncillo de última clase.

A Nils lo han vuelto duende, lo han vuelto duende porque era un haragán que tenía muertos de terror a los patos, los gorriones, las vacas y las gallinas; así es que todos, todos están contentos de la desgracia de Nils. El gato Minet se siente tigre, porque puede abatir bajo su pata blanda al duendecillo. — «Al fin me las pagarás bribón; cuántos tirones de rabo, cuántos puntapiés, cuántos malos ratos he pasado por ti; y no te encares conmigo porque te hundo las uñas en el pecho». Nils mira a todos lados buscando un amigo, nadie, ni los patos; se palpa el cuerpo atribulado y es cierto, lo han vuelto duende sin remedio.— «Entiendo hasta el lenguaje de los animales ¡qué desgracia! y hasta me han dejado un par de zuecos tan pequeños que no cabe en ellos ni la mirada, qué será de mí cuando vuelvan mis padres de misa y me encuentren en este estado y lo peor de todo: ninguna joven del país consentirá en ser mi esposa, ninguna!»

Pasan los patos silvestres por los campos de Suecia, pasan anunciando la Primavera. «Volamos hacia las montañas, volamos hacia las montañas, venid con nosotros, venid». Los patos viejos y sensatos no levantan ni la cabeza, pero los jóvenes se inquietan; pasa un airecillo tan tibio que invita a cualquier locura.— «Volamos hacia las montañas» y el pato más joven del corral grita:— «Yo voy con vosotros, esperadme, voy con

vosotros». Cómo detenerlo, Nils; qué dolor sentirán tus padres al volver de misa si no encuentran al pato Martín en el corral. Y Nils salta entre ellos y se abraza al cuello de Martín que ya ha emprendido el vuelo tras de la bandada de patos silvestres. Y va Nils colgando del cuello de Martín como un sapo en el pico de una cigüeña. El vértigo lo ciega y lo extravía y ya no piensa en que vuelva Martín al corral, sólo piensa en acomodarse sobre el lomo liso del pato para no caer.

Va volando la bandada a través de los campos de Suecia. Cuadritos verdes, cuadritos rojos, cuadritos pardos, cuadritos verdes. Son los campos de Suecia divididos en granjas, son los campos donde apunta la Primavera; es una inmensa tela a cuadros que pasa y pasa, y Nils se siente súbitamente entusiasmado en el lomo del pato Martín.

La bandada es diestra en el vuelo, ha cruzado muchas veces el país hasta Laponia y tiene las alas duras. El pato blanco, el pato doméstico que sólo ha abierto las alas para danzar en el corral, se va quedando atrás.

—Okka, Okka el pato blanco se nos queda atrás, no puede más.

Okka es una pata con alma de general en jefe.

—Decidle que volando ligero no se siente el cansancio—y sigue su vuelo indiferente. El pato Martín hace un esfuerzo para desmayar luego.

—Okka, Okka, el pato blanco se muere de cansancio.

—Decidle que volando más alto no se siente el cansancio.

Y Martín hincha el pecho y sigue a la bandada con su pasajero a cuestas.

«Los patos silvestres desprecian a los patos domésticos—piensa Martín, y agita las alas con más brío—les probaré que los patos domésticos valemos más de lo que ellos se imaginan», pero apenas si puede ya con sus alas.

—Volvamos querido Martín, no alcanzarás a Laponia, volvamos a nuestra granja.

—Cállate sapo, o doy un sacudón y te tiro a tierra; te traigo de pegote y te atreves a aconsejarme a mí.

Callado Nils, callado bajo el cielo y sobre la tierra callada, solo, con su madre tan lejos, vuelto duende entre tanto pajarraco desconocido, abandonado a su suerte.

Pasan granjas, campos, lagos, granjas.

—Habéis venido demasiado temprano, el invierno no se marcha aún—gritan las aves de corral.

—Volamos hacia las montañas, volamos hacia las montañas.

Y pasa el medio día y llega la tarde y la bandada vuela aún. El mar se traga al sol y por fin se divisa el lago Vömpsjo. Muestra sus hielos flotantes donde descenderá la bandada y pasará la noche. Desciende y Martín cae rendido, muerto de cansancio. Nils lo mira espantado.—«Lo único que tengo en el mundo, gime Nils, qué será de mí si muere, Señor».

Lo tira hacia la laguna y le hunde el pico en el cieno, y se salva el pato blanco, vuelve a la vida. ¿Quién lo salvó? Fué Nils, el despreciable Nils, y sella con él una amistad firme.

La bandada no conoce al duendecito, no sabe que viene con ella un hombre y qué terror inmenso cuando ve una figura humana entre ella.

—De los hombres no puede venir nada bueno—graznan espantados—; que se marche, que se marche.

—Pero ¿no os da vergüenza tenerle temor a una mosca con calzones?—dice Martín—; ¿qué será de él en medio de la noche entre las raposas y los cuervos, el hielo y los bosques?; no hará más daño que hacer sonar sus zuecos en la nieve. Dejadlo aquí; es tan pequeño y tan desamparado.

Y Nils se queda en la bandada, entre la bandada que se acomoda para dormir. Martín lo mete bajo su ala y lo aprieta en la tibieza de sus plumas. ¡Qué dulzura! el descanso, el abrigo, el sueño por fin!

Toda la bandada duerme mientras la señora Esmirra acecha; ha visto el triángulo negro volar sobre el bosque y quiere cenar con un pato; y busca, husmea con su hocico hambriento dónde estará su cena. Los hielos flotantes son malos y traidores, el trozo de hielo atraca a tierra mientras duerme la bandada. Por

fin Nils sabrá demostrar cuánto vale un hombre aunque sea de seis centímetros.

Cae Okka en los dientes de la zorra y Nils la salva, pero ¿es posible? Esa cucaracha con calzones salvó a Okka, a la vieja pata gris de cien años, respetada por todos los patos silvestres del Norte. Entra la gratitud hacia Nils en el pecho de los patos y con ella un poquito de ternura para el pobre Pulgarcito tan solo, tan sin ningún afecto, tan triste en su situación de duende.

Ya es de la familia el pequeñísimo Nils y sigue el viaje a través de Suecia, a través del país encantado. Vamos embarcados en este libro, por lagos, tempestades, landas y nubes, vamos convertidos en un duende, sintiendo el vértigo delicioso del vuelo.

Buscando la Primavera van los patos a través de la Suecia, van al Norte, a la Laponia. Nils ha conquistado ya todo el corazón de la bandada; cómo quieren y miman los patos silvestres al pequeño duende que se ha vuelto de un corazón tan dulce que no tuvo entre los hombres. La vieja Okka es su nodriza; los demás patos sus más alegres camaradas.

Se encuentran muchos conocidos en el viaje, se encuentra al señor Emerinc que viene a preparar el nido de su esposa, la cigüeña; se encuentra a la pequeña ardilla más simpática e inteligente que cualquier habitante de nuestras ciudades; a la lechuza, los pinzones, las gaviotas. Y se sigue este vuelo encantado que dura tres meses, cabalgando, en el día, en el lomo del pato Martín; abrigado bajo su ala, en la noche; sintiendo el corazón azorado cuando la raposa mete su hocico entre la bandada; feliz en medio de la algarabía de la laguna.

Selma Lagerlöff nos da en este libro el mejor regalo, la mejor ofrenda de su país con sus leyendas, sus costumbres, sus paisajes. Nos da su país entero en este libro que apasiona más que la mejor novela pasional. Mientras seguimos su lectura y vivimos entre sus patos silvestres, sentimos un grande, un inmenso alivio de la gente que nos rodea.